

se le confiaba y procuró rodear el suyo de nombres más simpáticos para el pueblo: consiguió que aceptaran un puesto en el Ministerio los Sres. Cantero, Gomez de la Serna y Roda, y por último D. Antonio Rios y Rosas, representante en Madrid de los generales vicaivaristas, con quienes estaba en correspondencia.

Ya el día 17 circuló por Madrid con inmenso júbilo la noticia de la caída del Ministerio Sartorius: casualmente hubo aquella tarde corrida de toros y el numeroso público que la llenaba prorumpió en demostraciones patrióticas, obligó á los músicos á tocar el himno de Riego, y salió al anochecer de la plaza dando vivas á la libertad y mueras á Cristina y á los polacos. La conmoción crecía por instantes, numerosos grupos, que engrosaban por momentos, recorrían las calles poblándolas de patrióticas aclamaciones. Entrada la noche, el entusiasmo creció, simultáneamente se iluminaron todos los balcones y ventanas de Madrid y ya las apiñadas masas pedían á voces que se armase la Milicia Nacional, pues al saberse cuál era el nuevo Ministerio, la desconfianza se había apoderado del pueblo, que adivinando con su instinto natural cuál era el pensamiento de Palacio y temeroso de que todo aquello no tuviese otro resultado que un cambio de personas en el poder, quiso interponer su suprema autoridad y recoger por sus propias manos la libertad que de las ajenas no esperaba. Numerosos grupos se dirigieron al Gobierno civil, en donde un sargento, de antemano comprometido á ello, les franqueó la entrada y les entregó todas las armas que allí existían almacenadas: en el Ayuntamiento se hallaron también algunas que fueron repartidas como las otras entre los primeros que las reclamaron. El aspecto de toda la población era cada vez más imponente: los grupos armados se organizaban, tremolábanse al aire banderas improvisadas, la fermentación pública próxima á estallar estalló por fin. Un gentío inmenso atacó aunque sin armas el Principal, y se apoderó de él arrollando á la guardia, que no quiso hacer resistencia: otros grupos numerosos en actitud amenazadora asaltaron las casas de los ministros caídos buscando en qué saciar su venganza, pero no encontrándolos arrojaron á la calle todos los preciosos muebles, colgaduras, alfombras, cuadros, cuanto hallaron, y con ellos hicieron hogueras. Innumerables preciosidades artísticas, costosas vajillas, riquísimos muebles fueron devorados por las llamas en las casas de Sartorius, de Collantes, de Domenech, del conde de Quinto, del de Vista Hermosa y en la del opulento banquero Salamanca. La ira popular tronaba indignada por doquiera, las tropas de la guarnición fueron reconcentradas en Palacio, el pueblo quedó dueño absoluto de Madrid y lo recorría en todas direcciones lanzando gritos, ora de júbilo, ora de indignación, que ponían espanto en los corazones de los tiranos.

En aquellos momentos de triunfo el pueblo de Madrid se acordó de su más aborrecida enemiga, de Cristina, la protectora, la instigadora de los polacos, la causa de todos los males que afligían á España, y la sed de venganza despertó tremenda. Una multitud ébria de coraje asaltó el palacio de la calle de las Rejas, destrozó á pedradas los cristales, rompió la verja de hierro, derribó las puertas y penetró en él buscando á la que era objeto de su ódio. Cristina no estaba ya allí; su preciosa persona y sus grandes riquezas se habían amparado ya